



# Las Felicitaciones DE NAVIDAD del Padre Pío

La tradición de enviar felicitaciones a los seres queridos cuando se aproximan acontecimientos especiales o días de fiesta viene desde antiguo. Se trata de una antiquísima costumbre que tiene su origen en China y que se extendió rápidamente en Europa. Ya en el cuatrocientos, en los países de lengua alemana se acostumbraba a enviar, en forma de carta, mensajes de felicitación en los que se expresaba sea elementos religiosos sea deseos mundanos.

Siguiendo esta costumbre, el Padre Pío, inspirándose en las solemnidades litúrgicas más importantes del año, formulaba augurios que expresaban sus santos deseos, sus sentimientos, sus emociones.

Ya desde fechas anteriores a Na-

vidad orientaba sus oraciones, meditaciones y escritos al misterio de la encarnación del Señor. A la noble señora Raffaolina Cerase le escribía el 17 de diciembre de 1914: «Al inicio de la sagrada novena en honor al niño Jesús mi espíritu se ha visto como renacer a vida nueva: el corazón se siente como bastante pequeño para contener los bienes celestiales; se siente el alma desfallecer ante la presencia de nuestro Dios hecho carne por nosotros. ¡¿Cómo hacer para resistirse a no amarlo siempre con nuevo ardor?!» (*Epist.* II, 273).

Quedaba confundido y conmovido al considerar la *Kenosis* de un Dios que se humilla y que, como dice san Pablo, «se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos» (*Fil* 2, 7); que, en el Hijo, se había revelado, ha-

ciéndose presente en el mundo, dejando oír su voz para proclamar su Palabra de salvación.

Con frecuencia al venerado Padre se le vio llorar cuando leía en la Misa el prólogo del evangelio de San Juan. Alguien le preguntó el porqué de aquellas lágrimas. Respondió: «¡Y te parece poco que un Dios dialogue con sus criaturas?!».

El Padre Pío reflexionaba sobre el modo de actuar de Dios, «siempre dispuesto a confundir la sabiduría de este mundo»; un Dios que había venido a este mundo en la mayor de las humillaciones; que, renunciando incluso a nacer en un pobre albergue, había preferido pedir refugio y calor a viles animales (cfr. *Epist.* IV, 972). Quería que todos los corazones se convirtieran en una «cuna adornada» en la que el divino Infante pudiera



«acostarse cómodamente de modo que nada experimentara de aquel *Exivi a Padre e veni in mundum* (*Salió del Padre y vino al mundo*) (*Epist. I, 1106*). Porque, en cierto modo, Jesús había salido del abrazo del Padre para asumir la condición humana, hecha de pobreza y de sufrimiento. Por eso el Serafín crucificado del Gárgano enviaba cartas llenas de afecto a los superiores, a sus hermanos de religión, a los parientes, a los amigos, a sus hijas espirituales.

Al padre Bernardo d'Alpicella, comisario general de la Provincia religiosa capuchina de Foggia, escribió: «Muy reverendo padre, Jesús niño le asista siempre con su atenta gracia, le llene el corazón con sus más selectas gracias y bendiciones, y, entre éstas, no sea la última la de su completa transformación en él». «Jesús niño reine siempre en su corazón como soberano, lo llene sobreamplamente de todas sus divinas ternuras y lo haga cada vez más digno del cielo» (*Epist. IV, 889*).

Al padre Paulino de Casacalenda le deseó: «El divino Niño conquiste por entero tu corazón, lo transforme totalmente en él,

haciéndolo cada día más digno de la gloria de los bienaventurados» (*ivi, 212*).

Al sacerdote amigo don Giuseppe Orlando le escribió: «Jesús niño lleve a tu corazón la paz que tanto deseas, su estrella ilumine con nueva y más intensa luz tu inteligencia, su amor encienda cada vez más el tuyo y lo haga palpitar sólo por él». Y también: «La fiesta de la santa navidad está cercana y crece en mí el deseo de no dejarla pasar sin deseártela muy feliz en el dulce y humilde Señor. ¿Qué ruegos presentaré ante la cuna de Jesús Niño? Serán, querido hermano, los mismos que repetidamente te he ido expresando. Ruegos y augurios de una sincera y total conversión de todo tu corazón a Jesús, augurios de santidad, de permanente bienestar y de eterna felicidad espi-

ritual. En este día de ternuras divinas rogaré a Jesús Bondad con más insistencia y más intensamente y le insistiré para que escuche los deseos ardientes que mi corazón le eleva por ti. Quiera Jesús escucharlos todos (*ivi, 642, 654*).

A Paolo Bavassano le envió la siguiente felicitación: «Jesús Niño te llene de sus divinos carismas, te abraze en el fuego de aquel amor por el que se hizo el más pequeño entre nosotros, y te haga ser siempre niño pequeño, lleno de amabilidad, sencillez y amor» (*ivi, 831*).

En la Santa Navidad el Padre Pío prometía y pedía oraciones. A su director espiritual, el padre Benedetto de San Marco in Lami, escribió: «Mi queridísimo padre, al acercarse la fiesta de Jesús Niño siento el deber de expresarle mi más sincera felicita-

« la estrella de Jesús niño ilumine cada día más tu mente y su amor transforme tu corazón »



« Jesús Niño reine siempre en tu corazón y ponga y consolide cada día más su reino dentro de ti »



ción, llena del gozo celeste. Aunque es cierto que siempre rezo por usted a la divina piedad, me comprometo en estas santas fiestas a vaciar todo mi ánimo por usted ante el divino Párvulo; le pediré que lo colme de su divino espíritu, lo transforme y lo haga santo. Quiera él escuchar todos los deseos que le formularé por usted en estos días de suma piedad divina» (*Epist. I, 1250*).

A la Cerase le añadió: «No dejaré nunca, y mucho menos en estos santos días, de orar al divino Niño por todos los hombres, especialmente por ti y por todas las personas que tanto amas. [...] No falten, especialmente en estos días, tus oraciones por mi alma para que todo le vaya bien: tiene mucha necesidad de ayuda divina: siente gran necesidad de agradecimiento hacia el benefactor supremo» (*Epist. II, 274*).

Ante la gruta de Belén, representada en el belén conventual que nunca faltaba, el Padre Pío dedicó a sus hijas espirituales estos pensamientos:

«Jesús Niño reine siempre en tu corazón y ponga y consolide cada día más su reino dentro de ti»

(*Epist. III, 346*).

«El divino Niño conquiste todo tu corazón para que sea totalmente

transformado en él. He aquí, mi queridísima hija, la síntesis de todos los deseos y augurios que voy presentando por ti ante la cuna de Jesús Niño» (*ivi, 366s.*). «Jesús Niño, que nace de nuevo en tu corazón, reine siempre en él como soberano; te lo transforme por entero y lo llene completamente de su divino espíritu» (*ivi, 383*).

«Jesús Niño te inspire cada vez más amor al sufrimiento y al desprecio del mundo; su estrella ilumine cada día más tu mente; y su amor transforme tu corazón y lo haga digno de las complacencias divinas» (*ivi, 388*).

«Jesús Niño reine siempre en tu corazón, nazca de nuevo en él, lo llene con sus divinos carismas y te lo transforme totalmente en él» (*ivi, 800*).

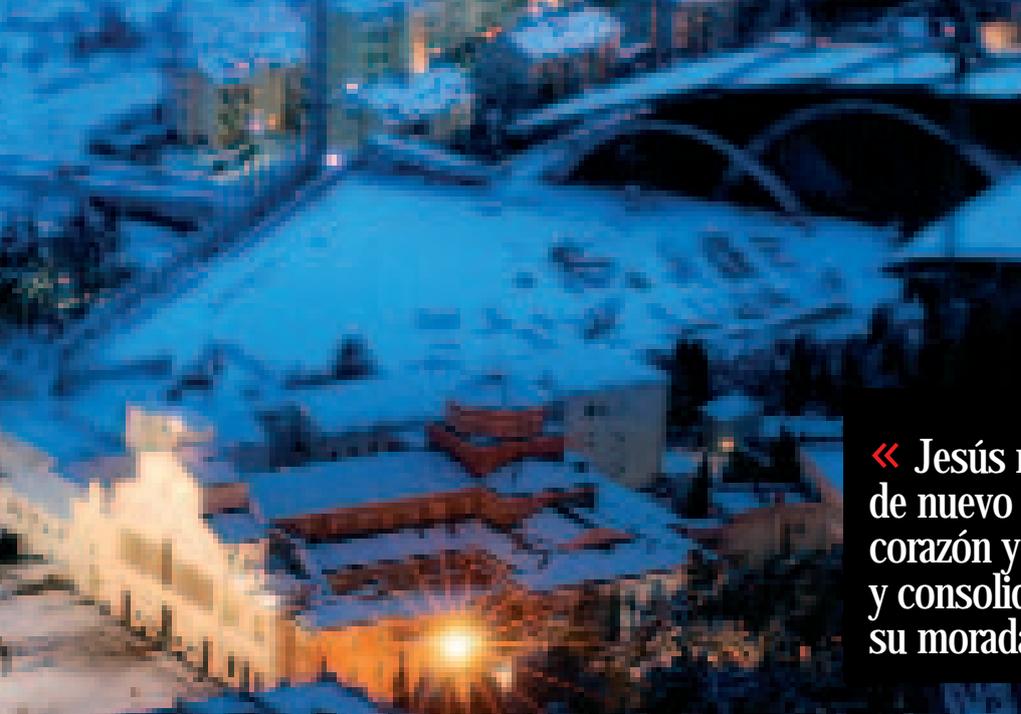
Jesús Niño nazca de nuevo en su corazón, ponga en él su morada permanente y a usted la haga cada día más digna de sus divinos abrazos» (*ivi, 1045*).

Conforme se iba acercando la

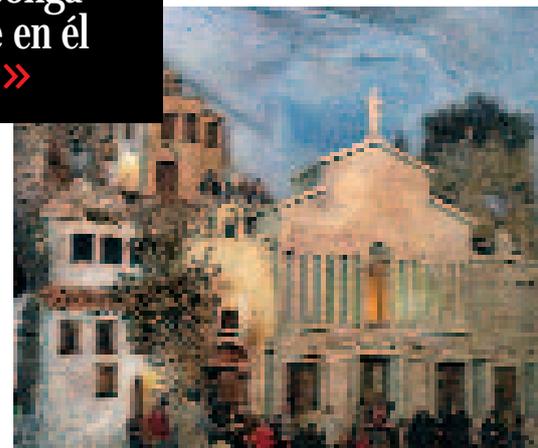
Noche Santa, el Padre invitaba a sus hijas espirituales, según el estado de ánimo en que se encontraran, al gozo y a la alegría, pero también a aceptar con serenidad el sufrimiento.

A Assunta Di Tomaso sugirió: Vive alegre y animosa, al menos en las facultades superiores del alma, en medio de las pruebas en las que el Señor te pone. Vive alegre y animosa, repito, porque el ángel, que preconiza el nacimiento de nuestro pequeño Salvador y Señor, anuncia cantando y canta anunciando que él promulga alegría, paz y felicidad, a los hombres de buena voluntad, para que no haya nadie que ignore que, para recibir a este Niño, basta ser de buena voluntad» (*Epist. III, 466*).

En cambio a las hermanas Ventrella, que vivían en una situación extrema de incapacidad espiritual, les pidió: Estas dificultades, hijas, no os impiden entrar en vosotras mismas aunque sí el complaceros de vosotras mismas. Recordad que hay una



« Jesús niño nazca de nuevo en su corazón y ponga y consolide en él su morada »



cosa necesaria, y es la de estar junto a Jesús. Decidme, mis queridas hijas, vosotras sabéis bien que en el nacimiento de nuestro Señor los pastores oyeron los cantos angélicos y divinos de los espíritus celestes. La escritura lo dice. Pero no dice que la Virgen su Madre y san José, que son los que estaban más cerca de Jesús, hubieran oído la voz de los ángeles o visto aquellos milagrosos resplandores; al contrario, en vez de oír cantar a los ángeles, oyeron llorar al Niño y vieron, a la luz de una pobre lámpara, los ojos de aquel divino Infante bañados en lágrimas de llanto y tiritando de frío. Y os pregunto: ¿no habríais elegido estar en el establo oscuro y lleno de los gritos del recién Nacido más bien que estar con los pastores y vivir fuera de vosotras mismas por el júbilo y la alegría de aquella dulce melodía celestial y de la belleza de aquel admirable esplendor? Sí, sin duda. También vosotras habríais exclamado con san Pedro: «Señor, ¡qué hermoso es estar aquí!». Ahora os encontráis al lado de Jesús Niño, que tiritaba de frío en la gruta de Belén» (ivi, 565).

El Padre Pío, además, unía a sus felicitaciones vibrantes exhortaciones, muy útiles a la vida del espíritu. A Antonietta Vona, por ejemplo, en Navidad del año 1918, le escribió: «Jesús Niño reine siempre en tu corazón y ponga y consolide cada día más

su reino dentro de ti! [...] Permanece muy cerca de la cuna de este preciosísimo Niño, especialmente en estos días de su nacimiento. Si amas las riquezas, aquí encontrarás el oro que le dejaron los reyes magos; si amas el humo de los honores, aquí encontrarás el del incienso; y si amas las delicadezas de los sentidos, sentirás las de la mirra, que perfuma toda la santa gruta. Tu amor a este celeste Niño sea muy grande; no te falte la veneración en la intimidad con él que experimentarás en la oración; y sea total tu delicadeza en la alegría de experimentar en ti las santas inspiraciones y los afectos de ser muy especialmente suya» (ivi, 882).

Cada lector encontrará en las citas anteriores la felicitación más adecuada a su situación actual y podrá imaginar que la ha recibido directamente del venerado padre. Para las próximas fiestas navideñas, el Santo de Pietrelcina dedica a todos lo que, muy «impactante», salió de su pluma el 28 de diciembre de 1917: «El celeste Niño conceda también a su corazón sentir todas aquellas santas emociones que me hizo sentir a mí en la bienaventurada noche, cuando fue colocado en la pobre chocita. ¡Oh Dios! No sabría manifestarle todo lo que sentí en el corazón aquella felicísima noche. Sentía que el corazón rebosaba un santo amor hacia nuestro Dios humanado. La

noche del espíritu continuó también entonces, pero, no dejó de decirlo, en medio de una oscuridad tan absoluta, tuve una fuerte indigestión espiritual. [...] Yo no sabría relatar todo lo que aconteció en mí en aquella noche, pasada toda ella en pie, sin pegar ojo. Quiera Dios escuchar los votos que hice por usted y que sin interrupción sigo repitiendo ante la gruta de Belén» (Epist. I, 981s.).

Si nosotros no conseguimos pasar en pie y en oración, sin cerrar ojo, la noche santa del Nacimiento de Cristo Jesús, al menos podemos intentar que nuestro corazón, transformado después de la necesaria purificación en una «cuna adornada», rebose reconocimiento, gratitud y amor hacia el Dios hecho hombre.

La felicitación del Padre Pío se convertirá sin duda en maravillosa realidad. ■

(Traducido del italiano por fr. Elías Cabodevilla, capuchino)